

# Educar para la lectura, principio básico para la superación humana

Historiadora Alma Silvia Díaz Escoto\*

Leer es una aventura personal, pero también una aventura social, ya que la familia, el sistema educativo y el Estado, tienen una función preponderante en la formación de lectores. Además no puede haber lector sin escritor y sin editor, como bien expresó Julio Cortázar:

Los escritores se crean de alguna manera por su propia cuenta; encuentran su camino contra viento y marea. Pero los lectores no se hacen solos, a los lectores hay que hacerlos, hay que llevarles los elementos para que salgan de la barbarie mental y accedan a nuestro mundo, a los procesos políticos en calidad de protagonistas, no de rebaños.<sup>1</sup>

La historia del libro, y por consiguiente de la lectura moderna, se inició con el perfeccionamiento de la imprenta en el siglo XVI; en México la imprenta entró en época muy temprana, en 1539. Durante los tres siglos de dominación española el acceso a los libros fue muy restringido. En el siglo XIX, la lectura tuvo un papel importante en la lucha por la independencia, ya que permitió la difusión de las ideas ilustradas. Posteriormente, en el México independiente, se dio una activa labor editorial con la edición de las obras de los principales escritores europeos y mexicanos, quienes a manera de testimonio, dejaron una importante historiografía sobre la historia política de la primera mitad de este siglo.

Durante la Reforma y la República restaurada, la lectura se concentró principalmente en los periódicos que actuaron como tribuna de debate ideológico entre liberales y conservadores; ya en el porfiriato aparecieron los grandes volúmenes de historia nacional en obras como *México a través de los siglos*, *México y su evolución social* o *Juárez, su obra y su tiempo*, entre otros.

Los gobiernos posrevolucionarios le dieron un gran impulso a la lectura, en el periodo de 1920-24, José Vasconcelos, entonces Secretario de Educación Pública, implantó un programa para favorecer el hábito de la lectura, con ese objetivo, imprimió las obras de autores clásicos en 17 volúmenes, con un tiraje máximo

\* Subdirección de Servicios de Información Especializada.  
Dirección General de Bibliotecas de la UNAM.

<sup>1</sup> Apud. Carmen Praga Lozano y Esperanza Martínez Palau. «Breve aproximación de la crisis de la lectura», en *Revista de la educación superior* 1981; 37: p. 86.

de doce mil ejemplares. Ése fue, sin duda, el primer esfuerzo masivo para hacer llegar la cultura a la población mexicana.<sup>2</sup>

En la década de los treinta se le dio un gran impulso a la educación popular y rural, fue otro momento en el que la industria editorial mexicana publicó libros de texto y difundió una importante producción literaria sobre la Revolución Mexicana.

En los cuarenta, dos elementos fueron de singular importancia para la promoción de la lectura y el incremento de la actividad editorial en México: la educación popular y la llegada de los intelectuales del exilio español.

En los años cincuenta, a la par de la prosperidad económica, la industria editorial vivió un periodo de auge. En los años sesenta debe destacarse la implantación del *libro de texto gratuito* para la educación primaria y una campaña de alfabetización, que propiciaron una importante producción de libros por parte del Estado y el aumento de la lectura de historietas y cómics.

La reforma educativa de Luis Echeverría en los años setenta, diversificó las funciones de la Secretaría de Educación Pública para promover el hábito de la lectura, creó la colección SEP-Setentas y publicó infinidad de textos sobre temas diversos.

Para los años ochenta, con la implantación de las políticas neoliberales, que presuponen la supremacía

del mercado sobre la acción rectora o moderadora del Estado, los gobiernos tecnócratas mexicanos comenzaron a delegar a la iniciativa privada la responsabilidad de la educación y la lectura.

Como parte de este proceso involutivo, se incrementaron los precios de los libros, a la vez que muchas librerías se volvieron insolventes. Por otra parte, los gobiernos neoliberales, en su afán de no ser populistas, cayeron en el extremo de dejar la distribución y circulación de los libros en manos del libre mercado.

A pesar de esto, instancias como la Universidad Nacional Autónoma de México, la Secretaría de Educación Pública, el Fondo de Cultura Económica, los gobiernos estatales y otras casas editoriales, han insistido en sus esfuerzos por promover la lectura y, por lo tanto, de difundir la cultura.

En agosto de 1983, la Secretaría de Educación Pública dio a conocer el Programa Nacional de Bibliotecas que anunciaba la creación de una Red Nacional de Bibliotecas Públicas que se proponía, para 1988, dotar de bibliotecas a los 2,377 municipios del país. Como tantos otros programas,

estaba desvinculado de otros proyectos que, en forma coordinada, pudieran apoyar la esencial tarea de generar hábitos de lectura en la población, pues de nada sirven los esfuerzos por imprimir libros o crear bibliotecas, si no se tienen lectores convencidos.<sup>3</sup>

En un afán por revertir este proceso, en 1998 se creó la *Ley de Fomento para la Lectura y el Libro* y el *Programa Nacional de Lectura*, mediante los cuales el Gobierno Federal se haría responsable de fomentar el hábito de la lectura; algunas de sus estrategias serían: incrementar el número de bibliotecas y salas de lectura, construir la biblioteca digital, la proliferación de librerías mediante franquicias Educal, estimular con premios a jóvenes escritores y editores.<sup>4</sup>

Por su lado, en 1998, el Gobierno del Distrito Federal inició el Programa Libro Club de México, que consistía en la creación de bibliotecas de literatura universal para préstamo gratuito, con el fin de construir una red de libro-clubes para la promoción de la lectura en toda la ciudad.<sup>5</sup>

Sin embargo, dichos esfuerzos han sido infructuosos, en parte porque



<sup>2</sup> Felipe Garrido, «De libros bibliotecas y lectores», en *Diálogos*, 1984, p. 66.

<sup>3</sup> CONACULTA, <http://www.cnca.gob.mx/>, [Consultado el 6 de mayo de 2010].

<sup>4</sup> *La página de la lectura*, <http://www.ilce.edu.mx>, [Consultado el 24 de mayo de 2010].

<sup>5</sup> *Libro Club de la Ciudad de México* en <http://www.cultura.df.gob.mx/> [Consultado el 6 de mayo de 2010].

se han concentrado en indicadores y porcentajes; pero también porque descuidan factores importantes como la promoción por el placer de la lectura, además, suele considerarse que al alfabetizar se despierta de manera automática el gusto personal por la lectura y que basta con imprimir libros para que se lean.

Un último aspecto que interviene en el fracaso de los esfuerzos para promover la lectura, estriba en la actitud de nuestra sociedad frente al acto de leer y su relación con el factor tiempo, pues actualmente es necesario invertir mayor tiempo en el trabajo y el transporte y quedan muy pocos espacios para la recreación y el ocio. Entregarse al placer de la lectura es un lujo para unos cuantos, se impone la prisa, la información breve y el mensaje veloz por Internet.

Un ejemplo de esto es aquella anécdota que narra Gabriel Zaid, quien se reconoce como un lector empedernido, que en una ocasión cuando estaba leyendo un libro muy entretenido, llegó su mamá y le dijo: *«Tú que no estás haciendo nada, ve por...»*.<sup>6</sup> Si, en nuestra sociedad, leer es equivalente a *no hacer nada, a perder el tiempo*.

De cualquier manera, la cantidad de textos disponibles —además de las otras fuentes de información y conocimiento existentes— hacen hoy en día muy compleja la labor de seleccionar lecturas, debido a la escasa orientación sobre qué leer y a la falta de condiciones propicias para realizar el acto de leer, ya no digamos para reflexionar y analizar lo leído, acción que hace propio el conocimiento adquirido a través de los libros.

Un estudio realizado en 1991 por investigadores de la ENEP Itzacala,<sup>7</sup> al analizar las dificultades de lectura y escritura entre estudiantes universitarios, proporcionó resultados similares, por ejemplo: un número importante de estudiantes que debían resumir lecturas previas mostró



deficiencias de vocabulario, escaso conocimiento de la sintaxis y de las reglas gramaticales, falta de claridad en la expresión, dificultades en la articulación lógica de enunciados adyacentes, falta de cohesión, ideas incompletas o fragmentadas.

Este estudio considera que algunas de las causas que impiden el desarrollo de habilidades para la lectura son: la falta de enseñanza de estrategias para la comprensión de la lectura; la existencia de criterios muy flexibles de aprobación, que propician que se vayan acumulando deficiencias; la influencia de los medios electrónicos con toda su riqueza de imagen, color y movimiento; el hecho de que para un cierto mercado de trabajo no son necesarias las habilidades para la lectura y, finalmente, la distancia entre el lenguaje cotidiano y el lenguaje científico o filosófico.

Dos encuestas realizadas en el Distrito Federal, en noviembre de 2004 y febrero de 2005,<sup>8</sup> arrojaron los siguientes resultados:

- La mitad de los habitantes adultos no había leído un libro durante el último año;
- poco más del 4% de los habitantes estaría interesado en la cultura al grado de comprar un libro;
- de 800 encuestados, ninguno dedicaba su tiempo libre en días hábiles a leer un libro y sólo el 9% lo hacía en los fines de semana.

La televisión ocupaba el 50 por ciento de las preferencias en ambos casos;

- el 29% de los encuestados decía estar leyendo algún libro, sin embargo, sólo el 2.3% recordaba haber leído un libro el año anterior;
- sólo el 9% de la muestra proporcionó algún título cuando se le preguntó por el último libro adquirido.

Por su parte, en el 2006, la Universidad Iberoamericana realizó un estudio, con estudiantes de 28 instituciones universitarias de la República,<sup>9</sup> en el que se evidenció que muy pocos alumnos comprenden profundamente lo que leen, la mayoría no conoce el significado de muchas palabras, casi ninguno entiende el sentido de un texto y, por supuesto, no pueden ejercer una crítica de lo leído ni mucho menos interpretarlo. Este estudio demostró, además, que un 64% de los estudiantes entran en la categoría de analfabetas funcionales.

Es verdad que las políticas culturales del Estado mexicano se han enfocado de manera bien intencionada a fomentar la lectura; sin embargo, no se ha conseguido despertar un verdadero interés mayoritario en los libros, pues ni maestros ni padres de familia han logrado introducir a los estudiantes en la aventura placen-

<sup>6</sup> Apud. Guillermo Sheridan, «La lectura en México» en Letras libres, abril de 2007.

<sup>7</sup> Luis G. Zaragoza Escobedo, «La lectura y escritura en una población universitaria», en Enseñanza e Investigación en Psicología, 1997 (2); 1: pp. 94-123.

<sup>8</sup> Hugo Vargas. «Leer en tiempos de crisis» en este país, No. 171, 2005, p. 79.

<sup>9</sup> Yolanda Argudín y María Luna, «Habilidades de lectura a nivel superior», en Revista Umbral Siglo XXI, No. 14, 1994; pp. 10-21.



tera de dialogar con un texto, pues para que poco a poco lo conviertan en un hábito personal tendría que verse como una actividad agradable y lúdica, y no como una pesada y tediosa obligación. Asimismo, la mejor enseñanza es el ejemplo y, por ello, padres y maestros deben ser lectores asiduos que puedan transmitir sus vivencias personales con los libros por imitación, y luego, por seducción, acercar a los jóvenes a la lectura.

Desafortunadamente, innumerables padres de familia delegan en la escuela la responsabilidad de educar para la lectura, cuando debe ser una responsabilidad compartida. Los sistemas educativos de todos los niveles, a su vez, requieren de un gran esfuerzo de actualización para ser los espacios adecuados que estimulen el gusto por la lectura. Debe reconocerse que se hacen esfuerzos notables, como los

nuevos programas para educación primaria, en los que se busca establecer la vinculación entre el niño y la biblioteca a partir del tercer grado, con el objeto de que el alumno busque, valore y procese información. Pero al no haber un seguimiento en los grados posteriores, estas incipientes destrezas se pierden.

En las últimas décadas, los principales consumidores de libros pertenecían a la clase media, pero esto está cambiando —aunque no de manera positiva— dadas las profundas transformaciones que está sufriendo esta clase: en primer lugar, ha aumentado su acceso a Internet, pero más como entretenimiento que como herramienta de recuperación de información; en segundo lugar, está padeciendo un deterioro constante en su capacidad económica, y en tercer lugar, está modificando

sus hábitos de consumo, debido a la creciente oferta de bienes suntuarios. Incluso en el consumo de libros tienden más a consumir literatura comercial, un ejemplo de ello es la similitud en ventas que tienen las cadenas Sanborns y Gandhi, que juntas ostentan el 35% del consumo de libros.<sup>10</sup>

Estamos aún a tiempo para tratar de subsanar el abismo entre las prácticas escolares y el acceso a la memoria escrita de la humanidad; de otro modo, podría cumplirse la profecía de Ray Bradbury en su historia de ciencia ficción, *Fahrenheit 451*, en el sentido de que llegarían a quemarse los libros, pues se verían como una amenaza para una sociedad que valoraría la indiferencia, la satisfacción inmediata, la comodidad egoísta y una simplona serenidad de espíritu.<sup>11</sup>



<sup>10</sup> Apud. Sealtiel Alatríste. «Los países de lengua española, ¿son un mercado global?», en *Libros de México*. n. 52, 1998; pp. 5-13.

<sup>11</sup> Apud. Armando Rugarcía Torres, *¿Por qué no leen los estudiantes?*, en *Ciencia y desarrollo*, v.25, n. 146, 1999, p. 48.

